

LA GENERACIÓN DEL CENTENARIO: JUAN HELLER

Roberto Pablo Sobre Casas.

Juan Heller, nació en Tucumán el 8 de marzo de 1883, hijo de Juan Heller-Johanssen de nacionalidad danesa, de profesión Oficial de Marina y de Corina Palacio Todd, de familias de arraigo en Tucumán, Sgo. del Estero y Salta. Heller fue el único hijo varón del matrimonio, tuvo tres hermanas, sus parientes atesoran el legado de este hombre destacado que permaneció soltero.

Los años en que transitó su vida, de 1883 a 1950, fueron de alumbramiento en Tucumán. Perteneció a la Generación del Centenario, donde descollaron hombres de gran valía; Juan Benjamín Terán, Ricardo Jaimes Freyre, Ernesto Padilla, Miguel Ignacio Lillo, León, Alberto y Marcos Rougès, Julio López Mañán, José Ignacio Aráoz, y otros destacados actores de la cultura.

Fotografía del Dr. Juan Heller (1883-1950) de 1936. Fuente: *Noticia biográfica y selección de textos*, de Carlos Páez de la Torre (h). Edición del Centro Cultural Alberto Rougés - Fundación Miguel Lillo.



La generación del Centenario, desarrolló diversas actividades, entre ellas integró la Sociedad Sarmiento, ámbito donde se gestó la fundación de la Universidad de Tucumán. Heller integró en forma destacada el proyecto de esta Generación, cuyos frutos, con todas las crisis que ha sufrido la sociedad tucumana, continúan vigentes, entre ellos la Universidad Nacional de Tucumán y la Fundación Lillo, entre otros.

En el biografiado, convergen su refinado gusto por la música y las bellas artes, su compromiso vital con toda actividad de la cultura; baste destacar su presidencia de la Sociedad Sarmiento, ser el primer Vicerrector de la Universidad de Tucumán y quien se encargó de su Departamento de Arte, como también su compromiso docente en todo tema o materia que aportare al crecimiento y desarrollo del hombre y de la sociedad en que actuaba.

Como Vicerrector de la Universidad, cumplió un largo interinato como Rector por año y medio, por ausencia de su Rector Juan Benjamín Terán en viaje por Europa. Tanto el Dr. Terán como el Consejo Superior Universitario, para expresar su gratitud por el excelente cumplimiento de la encomienda, organizaron un acto de reconocimiento. El homenaje fue un reconocimiento a su brillante y destacada actuación, al punto de obtener de todos no solo la gratitud por los servicios prestados, sino por su don de gente, atrayéndose grandes simpatías, las que supo granjearse por sus condiciones de talento y fina cultura; como superior ha sido justiciero, bondadoso y noble y como amigo franco y leal.

Heller declina en forma irrevocable y en su carta remitida a Terán dice: “Me retiro con la satisfacción del deber cumplido, estando siempre a las órdenes para defender y servir los intereses de nuestra Universidad”. Terán en una carta fechada el 2 de mayo de 1927 y publicada en el diario *El Orden* de Tucumán, se inclina ante su reiterada negativa de aceptar la demostración que sus colegas de la Universidad y profesores deseaban realizarle en reconocimiento por su acción en la Universidad y por el largo interinato en que desempeñó las funciones de Rector.

En la misiva pública, Terán lamenta la decisión de Heller señalando que la misma era tan acorde por lo demás, con su proverbial modestia y enfatiza que la Universidad no olvidará su gestión y servicios, que por otra parte datan desde los primeros días de la fundación de la Institución y que se han sucedido durante los 14 años de vida que esta cumplirá. En breve reseña dice: “Ha sido usted Vicerrector de la Universidad Provincial, organizador de su Escuela de Pintura y de la Sala de Bellas Artes, de su primera exposición de Artes Aplicadas... , obrero incansable de su múltiple acción cultural”. Concluye diciendo: “Me es particularmente grato decírselo al expresarle mi viva gratitud de haberme honrado, reemplazándome en mi larga ausencia y poniendo en su labor el idealismo y la generosidad silenciosas que distinguen su espíritu”.

Cultivó una fina sensibilidad, así las áreas de interés en Heller son múltiples y diversas, adquiriendo profunda formación en varias áreas del conocimiento y la cultura. Su vida testimonia en cada momento esta diversidad, así, será Presidente de la Liga de Propietarios, como Jurado en el Concurso de la Dirección de la Banda de Música de la Provincia. En 1917 en su prolífica y multifacética actividad se dio tiempo para realizar una progresista Presidencia del Banco Comercial.

Inició el ejercicio profesional apenas recibido en la Universidad de Buenos Aires en el año 1912, comenzó su vida de abogado desempeñando funciones de Secretario en el Juzgado en lo Civil y Comercial, cargo que conservó por un tiempo, para luego abrir despacho de abogado. Durante el ejercicio de su profesión adquirió un profundo conocimiento de la realidad, del hombre y de la sociedad de su tiempo.

En 1932 junto con Alberto Rougès integró el Consejo Escolar y cumplió con dedicación funciones en la Comisión Asesora Vitalicia de la Fundación que se formó al fallecer el sabio Miguel Ignacio Lillo, para administrar los bienes de su legado. Heller integró junto a su generación, que será conocida como la Generación del Centenario, a los hombres de la tardía modernidad. Sus afanes e inquietudes fueron variados; desde las artes, al conocimiento profundo de la realidad social de la provincia de Tucumán en la época en que vivió.

Páez de La Torre en la noticia biográfica y selección de textos de este destacado tucumano, muestra su amor por la música en su comentario sobre Chopin, así dice del músico: “En el torbellino de tus danzas, revolea el encanto del roce fugitivo y las dulzuras del abandono pasajero, mezcladas a esa hiel que tienen todos los amores. Mártir de todas las penas silenciosas e infinitas. ¿Cuál de esas congojas innominadas e inefables que alimentaron tus angustias paso por tu corazón sin arrancar de sus fibras un gemido melodioso? ¿Te dio la vida un laurel más óptimo que el triunfo de tu propio dolor?”¹

Heller y su pasión por la música que graficamos con la cita anterior, fue ejecutante de violín, sea en soledad, en su casa, o en duetos en reuniones sociales. En su separata Mosaico Marginal publicada en el diario *El Orden* de Tucumán el 31-XII-1909, traza una semblanza de Shakespeare y lo compara con Calderón: “No hay un hombre que me produzca mayor impresión de grandeza que Shakespeare cuando leo sus dramas. Ya sea que revista a sus héroes con todas las virtudes que enaltecen y dignifican la vida, o que los haga odiosos a fuerza de maldad, de hipocresía o de bajeza, de todos modos, la superioridad de su genio se revela en cualquiera de los personajes que ha inmortalizado con su fecundidad creadora.

¹ Páez de la Torre, Carlos (h). *Juan Heller (1883-1950). Noticia Biográfica y selección de textos*. Centro Cultural Alberto Rougès, Fundación Miguel Lillo. Rosario, 2006.

Calderón, con quien se compara a Shakespeare, me parece menos real y menos intenso. Sus dramas son variaciones sobre un mismo tema: mujeres tapadas, casa con dos puertas, pretendidos adulterios, trascendentalismos, larguísimos y aburridos. La mayor parte de sus obras no sugieren ese interés que despiertan las del dramaturgo inglés. ¿La razón? Calderón representa una época; Shakespeare al corazón humano”.

En su separata escultórica publicada en el diario *El Orden* el 1-XII-1910, refiere al pensador de Rodin, erigido “en una gran Avenida que limita la nueva plaza del Congreso”. Allí dice: “Una estatua nada dice sino habla a la multitud ni provoca sus virtudes, ni sugiere sus reflexiones, sino ejerce sobre el vulgo un imperativo educativo”. En referencia a la estatua expresa: “Sentado sobre una roca descansa un hombre formidable. Su cuerpo es grandioso y terrible. Sus pies se adhieren a la peña y amoldan las curvas de sus palmas a la desigual superficie del apoyo, con el esfuerzo patente de la garra de un águila que se aferra. Las piernas gigantes siguen el torcido contorno a que las obliga el acomodo violento de las palmas. El torso es inaudito. Encorvado, sostuvo su peso apoyando el mentón sobre un brazo que descansa en una actitud perseguida por Miguel Ángel. Los brazos apretados contra el flanco, comprimen los pectorales y los bíceps. El rostro es vago y ceñudo, como de persona hondamente ensimismada”.

“... bien se comprende el símbolo, imaginado por el artista. No pudiendo representar el trabajo de la inteligencia, en lo que tiene de inmaterial y delicado, ha escogido el cuerpo, destacando sus músculos, encrispados sus nervios, contrayendo a la persona en el gesto inicial de un gran esfuerzo... Es el pensador de todas las épocas y de todas las comarcas; no es el tribuno adusto, ni el filósofo sereno, ni el inspirado, en la meditación apacible y previa de la acción futura, es la síntesis de todas las gestas cerebrales, grandes y solemnes como el respiro de la marea o la soledad de las montañas. De allí deriva la angustia que embarga al observador. Porque presíntese que, de aquella tensión suprema, no debe ni puede salir nada inútil o pequeño, sino la fórmula que la humanidad persigue a través de su evolución secular.”

Otra de sus facetas es su amor por la naturaleza y su cualidad de viajero solitario en una separata titulada “Una visita a Cerro Colorado”, narra su estancia veraniega en la histórica Tulumba en la Provincia de Córdoba y refiere al paseo obligado de todo turista al Cerro Colorado.

A resultas de ser invitado en ocasión de su visita, a participar en una velada literaria, comento su excursión al Cerro Colorado. Refiriendo con especial atención a sus cuevas pintadas, de las que nadie sabe dar noticias definidas de la antigüedad de sus pinturas, de su destino, significado de sus decoraciones, de su pasado. Las pinturas de Córdoba, refiere, no fueron mero pasatiempo, algunas están situadas muy arriba, fuera del alcance desde la superficie o en sitios de muy difícil acceso. Las pinturas de españoles a caballo pueden ser consideradas una prueba de la conmemoración de acontecimientos extraordinarios, aunque es muy difícil asegurar si las pinturas representan un acontecimiento histórico o si son únicamente la vívida impresión de un artista. Toda la escena insinúa, puede ser muy bien la obra de un indio, que vio o acompañó la expedición de Gerónimo Luis de Cabrera, cuando en el año 1572 vino desde Santiago y pasó a fundar la ciudad de Córdoba.

Las inquietudes que lo afanan como he pretendido relatar en esta somera presentación, ponen en presencia del lector a un ser de la Modernidad; todo tema del quehacer del hombre le apasiona, le interesa. En la casona de la familia sita en la intersección de las actuales calles Crisóstomo Álvarez y Chacabuco, hoy sede del Tribunal Oral Penal Federal, vivirá hasta su fallecimiento acaecido el 15 de mayo de 1950.

Para concluir este sucinto homenaje, unas palabras de Heller abogado y juez. Al recibirse en 1912, es designado Secretario del Juzgado en lo Civil y Comercial en la Provincia, luego ejercerá la abogacía hasta que en el año 1928 ingresa a la magistratura a la que no abandonará más, designado Juez en lo Civil y Comercial y, en 1929 arriba a la más alta dignidad, al ser nombrado Presidente de la Corte Suprema de Justicia de Tucumán, cargo que honró con su desempeño probo y ejemplar, hasta su fallecimiento en 1950.

Al parafrasear sus conceptos de los jueces por vocación, comparto su reflexión que como señala Páez de la Torre, no hacía más que definirse a sí mismo y dice: "... no gobiernan por la espada, y estas solo acompañan de su modo potencial a la balanza del símbolo, pues como decía un jurisconsulto ilustre, la espada sin la balanza sería el predominio estéril de la fuerza y la balanza sin la espada la impotencia del Derecho. El arte de manejar a los hombres por la elocuencia, la gloria o la ambición, resulta completamente extraño a estos jueces y su gobierno no se identifica con el mando. Ellos gobiernan con la conducta, con el decoro de la vida, sin vivir al hilo del mundo porque están en él, precisamente, para contradecir muchas de sus corrientes. Lo que en la técnica jurídica se denomina el gobierno de los jueces, arbitrio judicial, los constituye en elaboradores del Derecho... La ley escrita es su consejero más seguro, y hasta el día que le sea permitido asimilar el Derecho a la Moral e invocar, siquiera débilmente el atributo de la misericordia, saben que los hombres son indulgentes con el error humano. Ningún aplauso les suena más grato que el del inocente y, al fin de su carrera, su gloria se parece a la del árbol en el otoño, cuando entrega la dorada cosecha de sus hojas².

² Páez de la Torre. Ob. cit., página 29.